



Antonio Balsalobre

CIEÇA ~ 1477

LA SOMBRA DEL RAYO



**alfaqueque
ediciones**

Cieza
2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

«Cieça ~ 1477»
© Antonio Balsalobre Martínez, 2024
© Alfaqueque Ediciones, 2024
Apartado de correos, 68
30530 Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.es>

Maquetación y diseño cubierta: Fernando Fernández Villa
Ilustración cubierta: Santa Ana (Alta Edad Media)

La edición de este libro ha contado con la colaboración
de la Fundación Cajamurcia

Primera edición: mayo de 2024
IBIC: FV
THEMA: FV
ISBN: 978 84 123954 9 5
Depósito legal: MU 384-2024

Printed in Spain - Impreso en España

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un acebuche (*Olea europaea sylvestris*) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia)



~ ÍNDICE ~

Libro I. ALGARADA

1. Madrugada	19
2. Vigía	26
3. Arrebato	28
4. Manuela	32
5. Sancho Martín	37
6. Asalto	40
7. Saqueo	44
8. Ferrán	49
9. Capitulaciones	56
10. Espadas caídas	61
11. Legajos	68
12. Siyasa	72
13. Salvoconducto	81
14. Sierra de Ascoy	86
15. Sarraceno	93
16. Yegua cuatralba	97
17. Noche de amor	101

Libro II. REHENES

18. Sin piedad	105
19. La suerte está echada	110
20. Humillado	114
21. Ni batalla ni negociación	121
22. A juicio	126
23. Ermita de San Sebastián	132
24. Fatalidad	136
25. El Regior	143
26. Niño	148

27. Camino de la Alhambra	156
28. Pleito	163
29. Amor udrí	172
30. Oteando Sierra Nevada	178
31. Cuéntame	183
32. Rescoldos	185

Libro III. 1453. EN EL CASTILLO

33. Alcaide	193
34. Manuscrito de Guiomar	201
35. Baltasar	204
36. Larga espera	208
37. Siéntate y escucha	211
38. Búho herido	215
39. Imágenes	218
40. Azul de ultramar	222
41. Sombreros de campanillas	228

Libro IV. BALTASAR Y ALEJO. VIDAS PARALELAS

42. Cerco	235
43. Aire cargado de arena	237
44. Alejo Martín	240
45. Con una condición	245
46. Picantosa	251
47. Segura de la Sierra	256
48. Poeta soldado	260
49. Apostados en las almenas	266
50. Lo que vale la vida	273
51. Traidoras	277
52. Derruido	281

Libro V. CAUTIVOS

53. Llegada a la Alhabra	289
54. Mazmorras	293

55. Tanto monta...	297
56. Razones de Estado	302
57. Reconstrucción	308
58. Negociador	314
59. Comisionados	318
60. 600.000 maravedís	324
61. Esclava	330
62. Canjes	336
63. Los trabajos y los días	341
64. Las Torres Bermejas	345
65. Cueste lo que cueste	350
66. Torá	354
67. Alojería	360
68. Relegados	366
69. Albaicín	371
70. Memoria	376
71. Ebrios	381

Libro VI. LA VIDA SIGUE

72. A cielo abierto	389
73. A tientas	394
74. Un rayo de luz	398
75. Un plan	402
76. ¡Se acabó!	409
77. Volver	412
78. Uclés	416
79. La nueva Fortaleza	420
80. Santo Oficio	426
81. Pienso en ella	432

Epílogo. 1492	439
---------------------	-----

Bibliografía	443
--------------------	-----

A Luisa

*L'homme est un sujet merveilleusement
vain, divers et ondoyant.*¹

Montaigne

~~~

*Este tiempo, sequía y altos muros,  
nacen truenos humanos, inhumanos,  
dinamitan la noche, las auroras;  
nunca ha muerto de sed la sed de sangre.*

María García Romero

~~~

*Que cuanto mayores tierras
Tienen e mas señorías
Mas inmensas agonias
Sostienen noches e días
Con libranças y con guerras...*

Gómez Manrique

1. El hombre es cosa pasmosamente vana, variable y ondeante.

CIEÇA ~ 1477

~ LA SOMBRA DEL RAYO ~

*Algunos de los lugares, personajes y hechos narrados que aparecen en esta novela están inspirados, más o menos libremente, en lugares, personajes y acontecimientos históricos reales. Otros, en cambio, son completamente ficticios.

El término «moro» se emplea en esta obra en su sentido histórico y cultural. Sin ninguna connotación peyorativa, obviamente.

*Nota del autor

LIBRO I

~ ALGARADA ~

MADRUGADA

Domingo 6 de abril de 1477**Crónica de Haddad**

Era poco más de medianoche cuando nuestras tropas se pusieron en marcha. A paso ligero fuimos dejando atrás la zona boscosa de la Fuente Rey, en pleno monte, con sus caminos tortuosos, sus repechos que nos resguardaban, hasta que enfilamos la Cuesta de la Herrá en dirección a Cieça. Una larga pendiente, recta y menos protegida, que nos dejaba casi al descubierto.

La luna llena de abril, velada poco antes por las nubes errantes, se mostraba ahora resplandeciente y poderosa, como un sol nocturno, en la oscuridad del firmamento.

Encabezaba la formación un destacamento compuesto por decenas de jinetes. Seguía la infantería, integrada por cientos de soldados de a pie bien pertrechados, con sus lanzas levantadas y las adargas cubriendo sus cuerpos. Parte de nuestro ejército se había quedado en el campamento, en estado de alerta, por si se requería su intervención. Los capitanes habían mandado callar, de modo que lo único que se oía como un susurro en la quietud de los campos era el trote apagado de los caballos, acompañado de algún relincho, y el paso firme de la tropa. También habían

enmudecido tambores y clarines para no alertar a los aldeanos y frustrar el ataque sorpresa.

El aire olía a pino, a esparto y a madrugada. A madrugada de primavera recién llegada.

—Haddad, toma bien nota de todo cuanto suceda en el día de hoy. Una fecha que el adelantado Pedro Fajardo nunca habrá de olvidar.

Quien hablaba era Abul Hasán, vigesimosegundo sultán de la dinastía de los Nazaríes de Granada, dirigiéndose a mí, su escribano real. Protegido por su escolta, cabalgaba nuestro monarca tras sus tropas, en posición de retaguardia, desde donde dirigiría con mayor seguridad el ataque.

El día anterior, sábado de Pascua para los cristianos, nuestro ejército había conseguido penetrar en el Reino de Murcia desde la vecina Granada sin despertar ninguna sospecha. En parte por la discreción y secreto con que se había fraguado esta expedición de castigo contra Pedro Fajardo, adelantado del Reino de Murcia, pero también por la poca vigilancia que los murcianos tenían en la frontera, ocupadas como estaban sus huestes en dirimir sus diferencias con el arzobispo de Toledo y con las fortalezas rebeldes de la Orden de Santiago.

La primera población con que nos encontramos, ya en territorio murciano, fue Caravaca. Desistimos, sin embargo, de atacarla, al advertir nuestros capitanes que era tierra, aunque poco habitada, bien defendida, y por lo tanto poco propicia para un saqueo. Dudamos entonces entre dirigirnos a Mula o encaminar nuestros pasos hacia Cieça. Pero pronto se disipó la duda. Esta última presentaba una gran ventaja sobre la anterior. De acuerdo con los datos transmitidos por nuestros informadores mudéjares, a diferencia de Mula, la villa bañada por el Segura se encontraba sin

muralla que la defendiera ni fortaleza donde sus habitantes pudieran cobijarse.

La decisión cayó, pues, por su propio peso. Y fue la villa perteneciente a la Orden de Santiago, por la que yo me había inclinado durante las deliberaciones —por esa y por otras razones que luego comentaré—, la señalada para la algarada.

A los límites de su término territorial llegamos, tras cruzar la llanura de Cagitán, a última hora de la tarde, casi ya entrada la noche. El lugar elegido para acampar fue el paraje denominado Fuente Rey, en honor a un antiguo rey moro del lugar, antes de la conquista cristiana, situado a algo más de una legua de la población.

—Y deja escrito para la posteridad, con palabras claras y rotundas, las causas que me impulsan a emprender esta algarada.

—Así lo haré, señor —le contesté, en tanto sopesaba las fuerzas desiguales de uno y otro bando que en breve nos íbamos a enfrentar.

Una multitud de soldados fuertemente armados, por un lado; y un pueblo indefenso que no llegaría a las mil almas por otro. «Así es la guerra, me dije. La que practicamos unos y otros».

Una vez dejada atrás la Cuesta de la Herrá, siguiendo entre pinos el camino igualmente sinuoso que bordeaba la falda de la Sierra del Oro, llegamos a una rambla muy ancha, poblada de lentiscos e higueras de gruesos troncos, grisáceos y retorcidos. Al tratarse de un barranco con apenas un hilillo de agua, lo cruzamos sin mucha dificultad.

—A la vuelta de ese recodo —gritó un capitán, señalando hacia delante— está la villa de Cieça. A partir de ahora aceleraremos el paso y, llegados al

pueblo, atacaremos por sorpresa y sin contemplaciones.

La tropa respondió con una aclamación sorda. Había sido arengada antes de salir y los ánimos estaban exaltados. También fue advertida de que los gritos de guerra al uso solo estarían permitidos una vez iniciado el ataque. Algunos soldados se encontraban todavía bajo los efectos euforizantes del vino y otros licores, que, aunque prohibidos, circulaban bajo capa entre los soldados y servían para ahuyentar el miedo a la muerte o a la mutilación. Más si cabe a esta última, porque de la muerte no se salía, pero de las amputaciones sí, dejando en muchos casos al hombre incapacitado, roto, a merced de la caridad y misericordia de los demás.

Vencida la curva, como una isla descollando sobre las aguas del mar, apareció el pueblo al fondo, asentado sobre una pequeña meseta junto al costado del monte y apenas iluminado, en medio de la oscuridad, por el resplandor de la luna y algunas trémulas llamas de antorchas diseminadas aquí y allá. Se distinguía a duras penas un edificio principal que debía de ser el Cortijo y más allá la torre de una iglesia en medio de una aglomeración de casas de cierta envergadura. Volvió a darme un vuelco el corazón, como cuando horas antes, en la penumbra del atardecer, me dirigí a Siyasa y desde allí el pueblo se desplegó ante mis ojos desprotegido en el valle, como nos habían informado nuestros espías que se hallaba.

Calladamente, empezó a desplegarse la caballería ligera. Tomaron posiciones por un lado los arqueros y por otro los lanceros y alfanjeros. Los flecheros encabalgaban sus monturas con el arco apoyado sobre el hombro izquierdo mientras llevaban las riendas con la mano derecha. Descansaba la aljaba repleta de

saetas, atada con una correa, sobre la pierna izquierda. Los demás blandían sus lanzas o llevaban espadas curvas de jineta colgadas al hombro con la vaina decorada con herrajes. Todos apoyaban los pies sobre anchos estribos.

Yelmos de forma cónica en punta, cotas de malla y adargas de cuero protegían cabeza y pecho.

Mi condición de cronista me situaba en una tesitura en la que no siempre me sentía cómodo. Iba armado como los demás, pero no era un guerrero, y rara vez hacía uso de mi alfanje. Participaba en las batallas, pero no como soldado, sino como observador, como testigo privilegiado, o mejor dicho, como notario dispuesto a dar fe de cuanto sucedía y veía. Mi tarea consistía principalmente en atender la correspondencia del rey, al tiempo que hacía de cronista, narrando las batallas vividas. Procuraba —debía, de hecho— más que ajustarme a la verdad, aproximarme a ella, intentando en todo momento magnificar las hazañas propias y empequeñecer las ajenas. Por lo general, nadie me dictaba lo que tenía que escribir, de sobra sabía yo lo que se esperaba de mí.

Desdeñaba, a decir verdad, la guerra y el derramamiento de sangre. También los pactos incumplidos que quebrantan la palabra dada o firmada. Pero más que la guerra en sí, entre ejércitos, lo que me espantaba era justamente lo que nos disponíamos a llevar a cabo: una razia. Esos ataques por sorpresa a poblados escasamente defendidos, no para conseguir objetivos militares o territoriales, sino con la intención de aterrorizar y desmoralizar a sus habitantes y obtener prisioneros por los que después se pediría un rescate.

Esa falta de ardor guerrero en mí era algo que los capitanes de Abul Hasán intuían, por mucho que yo intentara, para cubrirme las espaldas, aparentar lo

contrario. Con frecuencia, de hecho, me ponían a prueba, y mal hubiera acabado si no fuera porque contaba con el favor real. Una protección que los disuadía de franquear ciertas líneas rojas, aunque no de intentar una y otra vez predisponer al rey en mi contra. No eran ellos lo únicos en reprocharme esa tibieza. También lo hacía Leila, mi esposa, que tenía que soportar en palacio las maledicencias de algunas mujeres de la corte real.

Durante las numerosas incursiones en que había acompañado al soberano, había aprovechado los momentos de tregua para leer con grandísimo interés a los juristas islámicos, entre ellos al sin par Averroes, nacido tres siglos antes en Córdoba, cuyas discusiones sobre lo que está y no permitido en el curso de la guerra siempre me habían interesado. Unos preceptos que muchos decimos acatar y pocos cumplimos. Porque una cosa es lo que se dice y otra bien distinta lo que se hace. Y a nadie se le escapa que es en los conflictos bélicos donde emergen los peores instintos del hombre, donde la ignominia, la vileza y la crueldad alcanzan su máxima expresión.

Poco podía hacer yo, sin embargo, para detener o mitigar, por parte de unos y otros, tanta locura, tanta voracidad destructiva. O de eso, al menos, intentaba convencerme. De que no estaba en mi mano cambiar el curso de la historia, sino simplemente contarla. Lo que peor llevaba era algo que ya había percibido en muchos otros. Que aunque seguía odiando la guerra y sus horrores, como en mi juventud, ese rechazo se había ido atenuando con el paso del tiempo, hasta el punto de ir asumiendo ese estado de cosas casi con la misma naturalidad con que se acepta la incomodidad del frío, del calor o del dolor en ciertas enfermedades crónicas. ¡Cuántos días no he batallado yo más contra mis in-

seguridades que contra el enemigo! Pero estaba entre mis obligaciones, a las que difícilmente podía sustraerme, acompañar al rey donde quiera que fuera y dejar constancia de sus hazañas. La inestabilidad del reino de Castilla, que penaba en salir de sus guerras intestinas entre los partidarios de la hermana del reciente fallecido Enrique IV, la reina Isabel, y la hija de este, Juana, apodada la Beltraneja, resueltas de momento a favor de la primera, se trasladaba también a las fronteras, donde frecuentes escaramuzas y altercados provocados por unos o por otros generaban cada vez más tensión entre los reinos nazarí y castellano.

A paso ligero bajaron las tropas la cuesta del Maripinar. Previamente adiestradas y acostumbradas a estos asaltos, sabían muy bien lo que tenían que hacer. Aun así, los capitanes dieron las últimas órdenes.

—¡Apresad a hombres, mujeres y niños para llevarlos como rehenes! ¡Matad a quien se resista! ¡Incendiad sus casas, aniquilad sus ganados, destruid sus cosechas! ¡Inflijamos el mayor daño al Fajardo!

Gritos de rabia y codicia salieron al unísono de cientos de gargantas y, como un solo cuerpo, nuestro ejército se dirigió en tromba hacia la villa, ya casi al alcance de la mano, dispuesto a saquearla. En la carrera, y en medio del aquel estruendo de relinchos y alaridos, no faltaban, avivadas por impulsos ancestrales, voces elevando plegarias al cielo. A un cielo, impasible y ajeno, que los contendientes se empeñan siempre en tener de su parte.

VIGÍA

Villa de Cieça, a esa hora

Era aquella madrugada del sábado al domingo noche de celebraciones. Noche de plenilunio y de oficios religiosos que habían comenzado con la caída del sol y se prolongarían hasta el amanecer. Por las calles adyacentes a la plaza del Cortijo andaba gente de un lado para otro. Unos bendecían el fuego nuevo, otros el cirio pascual, también los había que sacaban de pila a sus ahijados o renovaban promesas bautismales, algunos con una demostración de fe exagerada, tal vez para ratificar su condición de cristianos viejos los que lo eran o decían serlo y otros, conversos recientes, para no ser acusados de falsos creyentes. Eso sí, cada uno a su manera evocaba esos días el recuerdo de los seres queridos que ya no estaban en este mundo.

También había tiempo entre oficio y oficio, entre recogimiento y recogimiento, para saludarse, pararse a hablar, interesarse por la salud de algún pariente, por cómo se presentaban las cosechas o para comentar las últimas noticias que llegaban de la ciudad de Murcia, azotada por una epidemia de peste. Incluso para convidarse a alguna copichuela de aguardiente o vino dulce que alegrara la madrugada.

Un poco más abajo, serpenteaba a esas horas el río, ajeno a todo ese ajeteo, entre huertos y cerros en la

oscuridad. Hasta donde alcanzaban sus aguas y la de las acequias, o las que elevaba alguna noria a los bancales más altos, había frutales a la vista: melocotoneros, albaricoqueros, ciruelos... Árboles renacidos tras el letargo invernal cuyas ramas en flor cubrirían los campos de mantos blancos o rosáceos cuando saliera el sol. Subía hasta las calles del pueblo un olor a pétalos, anticipo para el paladar del sabor del fruto que estaba por llegar. Más allá, por las tierras de secano, o por las faldas de los montes cercanos, salpicados de pinos y sabinas, se extendían inmensos espartizales, también en flor, como mares pardos cubiertos de rocío.